

CAROLINA Ó EL TALENTO Á PRUEBA.

Comedia en un acto, traducida del francés por D. Manuel Breton de los Herreros, *representada con aplauso en el teatro de la Cruz el 24 de abril de* 1834.

PERSONAS.	ACTORES.
D. Bonifacio	*D. José Galindo.*
D. Gabriel	*D. José García Luna.*
D. Alberto	*D. José Molits.*
Valentin	*D. Ignacio Silvostri.*
Carolina	*Doña Carolina Bravo.*
Mariana	*Doña Felisa Rodriguez.*

Oficiales amigos de don Gabriel.

La escena es en Madrid.

El teatro representa una sala amueblada con elegancia. Puerta al foro y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

Valentin, *sale por la puerta de la izquierda con una servilleta debajo del brazo. Dentro bulla y risotadas.*

Val. Qué risotadas! Qué alboroto! ¡Gracias á Dios que me han mandado retirarme.—Uf! Se me ha subido á la cabeza tanto vino de champagne como han bebido.

Cuál se alegran! Tambien yo
por esas bromas me afano;
mas con servilleta en mano
detrás de una silla, nó.
Ah! ¿No es justo que murmure
y alce el grito á las estrellas
el que destapa botellas
para que olto las apure?

ESCENA II.

Valentin, Carolina *por la puerta derecha.*

Car. Todavía están de jarana? ¿Cuándo acaban de almorzar?

Val. Oh! Mientras haya botellas. .

Car. ¡Pero qué algazara...

Val. No es extraño que á usted le incomode; á usted que es tan amiga de la tranquilidad... Ya se vé; educada en un convento... Hace ocho dias que está usted en casa..., y apenas hemos oido el metal de su voz.

Car. (Tambien Valentin hace observaciones y comentarios.)

Val. Pero... Vamos; no hay que quejarse. Son cuatro calaveras, y en conciencia, no pueden alborotar menos.

Car. Sentiré que incomoden á doña Romualda, qu se ha quedado en cama.

Val. Con la jaqueca?

Car. Sí.

Val. No digo? (*tomando una levita que habrá sobre una silla y mirando los bolsillos.*) Un dia sí y otro no, jaqueca, y todos los dias nervios. ¡Que sean tan intercadentes las señoras de cincuenta para arriba!

Car. Qué haces ahí?

Val. Buscar la lista de las comisiones que me dá para hoy mismo don Gabriel. Me ha dicho que la encontraria en el bolsillo de su levita. Este papel será: no hay otro. Pero el caso es que esta mañana al levantarme no sabia yo leer, y despues acá... Quiere usted hacerme el favor.

Car. (*leyendo*) Con mucho gusto.—«*Será posible* »*querido Gabriel....*» Esto es una carta.

Val. No importa. Ahí estarán escritos los encargos.

Car. »*¿Será posible, querido Gabriel, que consientas en casarte con una tonta?*» (Esta tonta soy yo.)

Gab. (*dentro.*) Hola! Valentin! El café!

Val. Allá voy. Lea usted, lea usted, señorita, y despues me dirá... (*entra en el cuarto de la izquierda.*)

ESCENA III.

Carolina, *sola.*

»*Si he de decir la verdad, no es fea; pero ¡qué ma-* »*neras! Qué poco talento!—Sí, señor..., no, señor...* »*No sabe responder otra cosa. Acuérdate del baile* »*de antes de ayer. La dige si queria bailar una galo-* »*pa y me respondió que las monjas no enseñan equi-* »*tacion.*»—Ah! sí; bien me acuerdo. Triste de mí! Estoy desconceptuada —«*Nuestros mayores pudie-* »*ron contentarse con una mujer casera, con una* »*buena madre de familias; pero este es otro siglo.* »*Nosotros necesitamos mujeres de otra estofa; que* »*tengan chispa; que brillen en las tertulias. Com-* »*párala con la condesa del Girasol. Qué diferencia!* »*Aquella si que es una señorita comm'il faut. Crée-* »*me Gabriel: no te cases con esa cuitada si no quie-* »*res que te silven todos los elegantes, y el primero* »*tu mejor amigo.—Alberto Romeral.*»—Romeral! ¡Ese fátuo tan charlatan, tan grotescamente exagerado en su modo de vestir! Aunque presumo que nunca ha salido de Madrid, me hablaba de la Escala

de Milan, de las Tullerias, de la prima donna, y de cosas tan nuevas para mí... ¿Qué podia yo responderle sino *sí ó nó* como Cristo nos enseña? ¡Qué desgraciada soy! Educada en un cláustro, lejos de la córte, á expensas de don Bonifacio, mi generoso protector, entro ahora en el mundo por la primera vez sin guia, sin experiencia. Por mas esfuerzos que hago, no puedo vencer mi timidez, y sin embargo, si me atreviese á hablar... A juzgar por lo que veo, ¡qué fácilmente se adquieren ciertas reputaciones! ¡Qué poco cuesta el pasar en Madrid por persona de talento!

Teme, evita mi presencia
Gabriel, y á mi amor ingrato...
Pero tal vez mi recato
le parece indiferencia.
Su desvío me sentencia
á mirar y enmudecer;
mas si calla una mujer
temiendo sufrir enojos,
ay! harto dicen sus ojos
á quien los sabe entender.

ESCENA IV.

CAROLINA, MARIANA.

MAR. Ah! Está usted aquí, señorita! Hoy sí que podremos charlar, gracias á la jaqueca de doña Romualda; que si nó, primero que se vistiera... ¡Cómo me lleva al retortero con su corsé y su pasta del Serrallo, y su agua de la Meca...Ah! tengo que daros una buena noticia. Esta noche tendremos baile para celebrar la llegada de don Bonifacio.

CAR. Otro baile! Soy perdida.

MAR. Calla! Pone usted mal gesto? ¿Dónde hay cosa como un baile?

CAR. ¿Asistirán á él todos esos caballeros...

MAR. Eso, por sabido se calla. Don Gabriel ha convidado á medio Madrid. Y qué lujo habrá! ¡Qué de bellas señoritas... Ya veo que usted no estará muy á gusto en medio de tanta baraunda. Ya se vé; cuando una no está muy puesta en los trotes... Pero usted no tiene la culpa de eso. Y lo que yo digo, ó tenemos chirúmen ó no le tenemos. A usted no le falta, y con la práctica y los buenos modelos... Yo le he cobrado á usted mucho cariño, y dentro de poco ha de hacer usted *furor*, ó no he de ser yo Mariana.

CAR. Oh! Me honra usted demasiado, Marianita.

MAR. Cuando doña Romualda, mi madrina, me tomó por su cuenta, era yo una simplona, una paleta, y en nada de tiempo me he domesticado como usted vé. No es porque yo lo diga, pero pocas camareras... Ello es verdad que Dios me ha dado un talento, y un señorío, y una codicia de ser algun dia dama de pró... Toma! En casándome, como lo espero, con un señor de calidad, asunto concluido.

CAR. ¿Y quién te ha inspirado tan altos pensamientos?

MAR. La lectura. Mi fuerte es la lectura. Como doña Romualda está suscrita en la librería de Villanueva, me he puesto este cuerpo de novelas.. La heroina de la última que he leido se llama Mariana, como yo. Es una pobre huérfana, y en el último capítulo se casa con un gran señor. ¿Por qué no me ha de suceder á mí otro tanto?

CAR. Si; no hay cosa mas puesta en el órden.

MAR. Por supuesto. Y si le dijera á usted que ya empiezan á cumplirse mis esperanzas...

CAR. Calle usted! De véras?

MAR. Una aventura... Justamente, como las que estoy leyendo todos los dias.—Abajo, en el emparrado del jardin por donde solemos pasearnos, al pié del banco donde solemos sentarnos.

CAR. Bien. Qué?

MAR. Me he encontrado un billete con este sobre escrito: *A la bella solitaria.*—Á mí! Claro está. Asi empieza: *«Si un corazon sensible á los encantos de la belleza...»* Luego se le daré á usted para que le lea.

CAR. Y quién es el amante?

MAR. Toma! Un desconocido. Eso no se pregunta. Estas empresas siempre las emprende *un desconocido*. Si viera usted mi respuesta!...

CAR. Cómo! Has contestado?

MAR. Pues no habia de contestar? Así empiezan estas cosas. Luego vienen las declaraciones y las aventuras; y por último la boda. Yo la iré á usted poniendo al corriente de todo para su instruccion y gobierno.

CAR. Dispenso á usted de semejante molestia. El único favor que le pido es que vea cómo excusarme de asistir á ese baile. Si me atreviera á decírselo á don Gabriel...

MAR. ¿Quiere usted que yo me encargue...

CAR. No, hija, no. (Esta muchacha en todo se mete.) Aquí viene. Me parece que si me dejara usted sola, tendria yo mas ánimo para hablarle.

MAR. Al contrario. Yo apoyaré lo que usted le diga.

ESCENA V.

Dichos, DON GABRIEL.

GAB. (Nada! No hay quien los arranque de aquella mesa. Alberto los entretiene con sus bufonadas... Hola! Aquí está la pobre Carolina! ¡Qué hermosa es! ¿Es posible que mi vanidad... Oh! Ellos dirán lo que quieran; pero hay momentos en que esos ojos parecen anunciar mas talento del que la suponen. —Ah! Qué lástima! Me voy, me voy; porque cuando la veo...) (*saluda á Carolina y se dirige hácia el foro.*)

CAR. (Ah! Se va sin dirigirme la palabra... ¡Esta es la primera vez que lo hace!)

MAR. Cómo! No le habla usted?

CAR. Si se va!

MAR. Se le llama.—Señor don Gabriel! ¡Señor don Gabriel!

CAR. No, no, Mariana... (¡Qué insoportable criatura!)

MAR. La señorita queria hablar con usted.

GAB. Qué oigo! ¿Seré tan dichoso...

CAR. Perdone usted, don Gabriel. Yo no quiero molestarle, y siento en el alma que Mariana le detenga.

MAR. Eso es! ¡Dejarme ahora con un palmo de narices! Otra vez gobiérnese usted como pueda. No haya miedo que yo me mezcle...

GAB. Es cierto que me llamaba por órden de usted?

CAR. No, señor, no; no lo crea usted. No acostumbro á tomarme esas libertades.

GAB. (Vamos, ó esta muchacha es un enigma, ó yo un mentecato.)

ESCENA VI.

Dichos, DON ALBERTO *y* OTROS OFICIALES.

ALB. Amigo, el Champagne de tu tio es delicioso. (*á*

Carolina que va á retirarse.) Cómo, señorita! ¿Huye usted de nosotros como si fuéramos algunos mónstruos? No se vaya usted: se lo suplico.

CAR. (*aparte á Mariana*.) Yo me iria de buena gana; pero tal vez á estos señores les parecerá descortesía...

MAR. Oh! Y grande...

ALB. (*aparte á los oficiales*.) Esta es la heroina en cuestion. Voy á entablar conversacion con ella, y veréis como no sale ni á tiros del *sí, señor*, y *nó, señor*.—Señorita, ¿me atreveré á preguntar á usted si está todavía fatigada del último baile?

CAR. No, señor.

ALB. ¿Tendremos el gusto de verla á usted esta noche?

CAR. Sí, señor.

ALB. (*con intencion mirando á los oficiales*.) Es que estos caballeros dudaban... (*en voz baja*.) Ya veis que no os engaño. Supongo que no nos privará usted de la satisfaccion de bailar.

CAR. No, señor.

ALB. Esta noche no vendrá aquel señorito de Chinchon que tiene el pelo de la dehesa. ¡Qué vestimenta! Qué guantes de nuditos! ¡Y aquel modo de saludar!... Aquella... ¿Ha visto usted en su vida mas ridícula caricatura?

CAR. Sí, señor. (*mirándole de los piés á la cabeza. despues hace una cortesía y se retira con Mariana.*)

ESCENA XVII.

Dichos, menos CAROLINA *y* MARIANA.

ALB. (*un poco desconcertado*.) Calle! Pues juraria que en ese *sí, señor* ha habido su poco de sal y pimienta. Eh! Sonó la flauta por casualidad.

GAB. Vamos, Alberto, deja ya esas bromas, ó reñimos.

ALB. Eso es! Riñe ahora conmigo despues que *hago los honores* de tu casa y sudo el quilo para ser amable, para sostener la conversacion .. Verdad es que el Champagne es inspirador.

GAB. Pero mortificar de ese modo á Carolina...

ALB. No trato yo de mortificarla, sino de salvarte. Decidlo vosotros, amigos mios. ¿Podemos, en conciencia, dejarle contraer semejante matrimonio? Por mi parte me opongo á él en debida forma. Qué diablo! Tú no te casas para tí solo. Es preciso contar tambien con la sociedad; con tus amigos.

GAB. Ya veo que la pobre Carolina está condenada sin apelacion, y que en vano esperaba yo defenderla. Pero considera que su timidez...

ALB. Su timidez! ¡Pues si es romántica y traviesa como ella sola! Yo tengo pruebas de ello. ¿Qué sería de tí si no tuvieras en mi un verdadero amigo?

GAB. Cómo!

ALB. Escucha. Deseando yo averiguar, por tu bien, si el estilo epistolar de tu futura correspondia á su conversacion, y habiendo observado que todos los dias pasea por el jardin y se sienta en el banco del emparrado, dejé esta mañana al pié de él un billete insignificante, una de esas declaraciones que sirven para todas ..

GAB. Aguarda. La que principia diciendo: «*Si un corazon sensible á los encantos de la belleza*...»

ALB. Justamente. No me suelo servir de otra. Y he recibido la respuesta siguiente.

GAB. Cómo! Ha contestado?

ALB. Dos renglones que merecen estar en letra de molde. (*leyendo un papel*.) *Dése á conocer el desconocido, y encontrará un corazon sensible.*»

UN OFI. *Dése á conocer el desconocido!*

ALB. Me parece que no hay necesidad de recoger los votos. Tu casamiento queda reprobado por unanimidad.—Pero aun no has dicho por qué querias casarte con ella. ¿Qué necesidad tienes tú...

GAB. Os repito que dependo de mi tio, que no tengo mas caudal que mis deudas, y que cada dia, bien lo sabeis, se aumenta horrorosamente mi patrimonio. Poco acostumbrados á raciocinar solidamente, no reflexionais vosotros que esos opíparos almuerzos los da mi tio; que él paga nuestros placeres y repara nuestras locuras; y en fin, que en el presente siglo es impagable un tio que *paga*.

ALB. Observacion muy justa. Prosigue.

GAB. Aunque mi tio se mantiene soltero, rabia porque el prójimo se case. El matrimonio es su conversacion favorita y el objeto de sus continuas alabanzas. Hé aquí el motivo de su empeño en casarme con Carolina.

ALB. Pues bien, dile que no puedes, y estamos del otro lado.

GAB. Pero ¿qué disculpa le he de dar...

ALB. Por disculpas lo dejas? Dile que estás enamorado de otra. Yo te la buscaré

GAB. Sea quien fuere, querrá tambien enlazarme con ella. No le conoceis vosotros. Es tenáz como él solo; y como se empeñe en casar á uno... Si dais en frecuentar esta casa, milagro será que salgais de ella sin entrar en el gremio.

ALB. Zape! Pero ven acá: ¿no puedes pretextar una pasion desgraciada; una mala eleccion... Ah! ¡Qué idea! Dile que estás comprometido con la camarera de tu tia. Con ella no te ha de obligar...

GAB. Bien. Y luego?

ALB. Luego .. Le dices que no puedes casarte con una amando á otra, y que confesando que esta otra no es digna de tí, tú mismo conoces la necesidad de combatir una pasion fatal; pero que necesitas tiempo para desterrarla de tu corazon.

GAB. Bien dices. Un año .., dos. . Si es preciso, me hago incurable, y cáteme soltero toda la vida como mi tio.

ESCENA VIII.

Dichos, VALENTIN.

VAL. Alerta! El tio viene. Le he visto salir del coche y viene gruñendo. Harto será que no tengamos sermon.

ALB. Vámonos, muchachos.

GAB. Sí, idos; pero mirad que cuento con vosotros para la comida y para el baile.

ALB. Volverémos luego que haya pasado la nube.

GAB. Mi tio tiene buen fondo. Si no fuera por su sistema conyugal, sería un ángel; pero en diciéndole que sois casados...

ALB. Ya le oigo. (*á los oficiales*.) Seguidme. Saldremos por el jardin (*vanse por la izquierda*.)

ESCENA IX.

DON BONIFACIO, DON GABRIEL.

Don Bonifacio sale con muestras de mal humor. Se pasea unos momentos sin hablar.

BON. (Qué trabajo es ser soltero! Y viajando! Criados insolentes... Todo se lo dan á uno tarde y

mal. Ni hay quien le salga á recibir, ni...) ¡Ah, que está usted aquí, señor sobrino!

Gab. Sí, querido tio. Mucho me alegro de que vuelva usted tan bueno, y tan...

Bon. (*secamente.*) Yo tambien. Si yo fuera casado, no me faltaría buen fuego, mi bata, mi gorro, mi poltrona, y mil atenciones, mil caricias.

Gab. Mandaré que al instante...

Bon. No, señor; es inútil. Yo no necesito lumbre en el mes de agosto; pero hay placeres, hay comodidades y regalos á que por fuerza tiene que renunciar un soltero. Sírvate de leccion lo que á mi me sucede. A propósito: cómo está tu novia? ¿Qué te ha parecido?

Gab. Muy linda.

Bon. Ya lo suponía yo. Seis años hace que la llevé al convento, y otros tantos que no la veo. En este tiempo no ha podido menos de embellecerse mucho. Será un ángel si se parece á su padre. ¡Pobre coronel! Qué bizarro! Qué valiente! No ha dejado otra herencia á su familia que su buen nombre y sus hazañas. Su hija es digna de un valiente, y por eso quiero yo que te cases con ella. Tu serás dichoso, y yo no viviré solitario como un huho, porque vuestros hijos serán los mios y heredarán cuanto poseo.

Gab. ¡Cuanto le agradezco á usted, amado tio, tanta bondad! Pero supuesto que es usted tan enemigo del celibato, por qué se está soltero?.

Bon. Porque el que no se casa á su edad de usted es un loco, y el que se casa á la mia un necio. Yo sé bien lo que me hago, señor mio. La mujer con quien yo me uniera, tendria siempre demasiado talento, y con una mujer que reflexionase, me saldria la cuenta muy mal, porque seguramente no serian muy vantajosas para mí sus reflexiones.

Gab. Ya: en parte no le falta á usted razon.

Bon. No digo yo que si hubiera dado con una muchacha ignorante, sencilla... Pero vaya usted á buscar esos prodigios en el dia! Tú,... ya es diferente, estás en otro caso que yo, y puedes prometértelas mas felices.

Gab. ¡Ah, tio, qué engañado está usted. Un obstáculo insuperable se opone á mi felicidad. Es usted demasiado generoso, para contrariar mi inclinacion y...

Bon. Cómo, cómo es eso?

Gab. Yo no puedo casarme con Carolina porque amo á otra.

Bon. Voto á bríos! ¡Y con ese descaro me lo dices! Pues yo quiero que la ames á ella y no á otra. ¡No faltaba mas!...¿Y por qué, vamos, por qué no la amas?

Gab. Ya vé usted, tio; no es uno dueño....

Bon. Sí tal; y por vida... Vaya, tengamos la fiesta en paz.

Tú te irás acostumbrando
á su genio, á su figura...

Gab. Por mas que mi alma procura...

Bon. Tú la amarás: yo lo mando.
Ah! ¿Cuándo se ha visto, cuándo
tan ciega temeridad?

Gab. Quién manda en su voluntad?
¿Quién adora de exprofeso...

Bon. Yo hacía mucho mas que eso
cuando tenia tu edad.

Gab. Pues yo le declaro á usted que me es imposible amar á Carolina. Jamás podria habituarme á un carácter tan encogido, tan singular, y á un talento tan limitado. Usted no la ha visto desde que era niña, porque cnando vino del convento dias pasados se hallaba usted en Guadalajara arreglando sus negocios. Examínela usted, y verá si me puede convenir semejante mujer.

Bon. Pero, hombre...

Gab. Ni gracias ni elegancia, ni conversacion...Es la estupidez personificada.

Bon. Será posible!.. A ver? Repíteme eso.

Gab. Le digo á usted que no tiene mas que el palmito.

Bon. De véras?

Gab Ni responder sabe á la pregunta mas insignificante.

Bon. Calle!

Gab Sin mundo, sin la menor idea de lo que es sociedad.

Bon. Eso tenemos?...

Gab. En fin, es tan simple, que...

Bon. No te cortes. Acaba de decir que es un autómata.

Gab. Yo no me atrevia...

Bon. Voto á crivas!... Esa mujer es un tesoro ¡Y yo sin conocer su precio iba á sacrificar... Vaya, una vez que no la quieres, yo te perdono. Ya veremos de arreglar eso lo mejor que se pueda. Sepamos ahora quién es tu dulcinea. Yo quiero que todo el mundo sea feliz. Mañana te casarás con ella.

Gab. (No lo dije?) Tio, yo no merezco tanta bondad. Sé que jamás aprobará usted mi eleccion. Yo combatiré, yo lograré desterrar de mi alma tan funesto amor. Solo le pido á usted tiempo, y no poco, para curarme de esta fiebre que me devora.

Bon. No obstante, quiero saber...

ESCENA X.

Dichos, Mariana *en el foro.*

Mar. (Y es verdad que ha venido don Bonifacio!)

Gab. Pues bien, tio; aunque me cuesta rubor el confesarlo, sepa usted que mi adorada es la ahijada y camarera de mi tia doña Romualda,... Marianita.

Mar. (Ah, qué alegría! Este es el del billete. ¡Ya conozco al desconocido!)

Bon. Me has sorprendido. ¡Una lugareña sin educacion ..

Mar. (Qué hombre tan impolítico!)

Bon. ¿Y cómo te has gobernado para enamorarte de ese arrapiezo?

Gab. No sé. Ha sido un amor el mio tan rápido, tan...

Bon. ¿Y en qué ha pensado esa fátua de mi hermana, que á sus ojos...

Gab. Mi tia no sabe nada.

Mar. (Si casi casi me sucede á mí otro tanto!)

Bon. Dígote que has perdido la cabeza.

Gab. Bien puede ser.

Mar. (Loco por mí! Qué compasion me dá!)

Bon. Nada; aquí no hay que vacilar. Quitando la ocasion se quita el pecado. Voy á escribir á los padres de esa muchacha para que vengan y se la lleven. (*entra en el gabinete de la derecha.*)

Mar. (*acercándose.*) Ah, señor don Gabriel! ¡Es usted mi amante! Todo lo he oido!

Gab. Cómo! Estabas ahí?

Mar. Todo lo he oido, y tendria yo corazon de hiena si no correspondiese ..

Gab. Con efecto; sería usted un mónstruo de crueldad. (Esta es otra!)

Mar. ¿Pero cómo habia yo de figurarme un amor tan... así... tan desordenado como el de usted?

Gab. Interesante Mariana! (¡Ahora tengo que hacer el baboso con esta desdichada!)

Mar. Caro Gabriel! Tendrémos que vencer muchos obstáculos... Eso siempre sucede. Pero nada! No hay que echarse en el surco. Hemos llegado al capítulo de los tios inflexibles y bárbaros. No importa: todos los tios se amansan tarde ó temprano. Por lo que hace á mí, cuente usted con la constancia de ene, y con la fidelidad de costumbre. (*vase.*)

Gab. ¡Vaya, que aventura mas original... (*vuelve don Bonifacio.*)

Bon. Toma. Que lleven esta carta á Getafe.

Gab. Bien; bien, tio. (No la llevarán. Pobre chica! No quiero que la despidan por mi causa.)

Bon. Vamos; no pierdas tiempo.

Gab. (Todo me sale bien; y sin embargo no estoy tan contento como esperaba.) (*vase saludando á Carolina que llega.*)

ESCENA XI.

Don Bonifacio, Carolina.

Car. Se aleja! Mejor. Así no verá que he llorado.)

Bon. (Qué bella!) Acércate, Carolina. Yo queria casarte con mi sobrino; pero él rehusa tu mano

Car. (Qué desgraciada soy!)

Bon. No le puedo culpar. Me ha confesado que quiere á otra, y las inclinaciones son libres. ¿Qué dices tú á esto?

Car. Lo que usted quiera.

Bon. Lo que yo quiera, eh?—(Bravo!) si esa resolucion te aflije. .

Car. Afligirme!... No; ya nada me puede afligir.

Bon. (Qué carácter tan angelical!) Estás contenta?

Car. Sí, señor.

Bon. Y por qué?

Car. No lo sé!...

Bon. (Encantadora muchacha!)—Y dime, si te saliera un novio...; no precisamente un jóven; pero muy amable, muy rico...

Car. Ah! Qué son para mí las riquezas?

Bon. (Desinteresada tambien!) Si este novio fuese..., verbigracia..., Yo mismo. Si yo quisiera hacer feliz á la hija de mi mayor amigo, y en cambio del amor mas entrañable solo exigiria tu amistad...

Car. (*con espresion.*) Qué? Usted se digna de mirar con ojos de bondad á esta desventurada! ¿Usted no llevaria á mal que Carolina le amase?

Bon. No, hija mia; todo lo contrario. Habla; manda; dispon de mis riquezas y de mí. Yo soy algo brusco; pero en el fondo, un pobre hombre. Vamos; esto es un hecho. Puesto que tienes la bondad de quererme serás la mujer mas feliz del mundo, ó el diablo me ha de llevar.—No te asustes porque te hable con esta energía.

Car. Yo! No, señor. Desde que habito en esta casa, usted es la única persona que me ha inspirado confianza y serenidad.

Bon. Oh! Yo me precio de ser la suma franqueza. Dicen que no eres ninguna Sivila. Eh! Yo tampoco tengo todo lo de Salomon A bien que para ser felices y vivir como Dios manda, no necesitamos ir á Salamanca.

Si hablar con pena te veo,
sin tomarlo por agravio;
antes que muevas tu lábio
yo cumpliré tu deseo.
Si hablando otros sin cesar
nunca entenderse los vemos,
nosotros aprenderémos
á entendernos sin hablar.

Voy á hacer que llamen al notario. Yo me habia propuesto asegurar la fortuna de Gabriel si se casaba contigo, pero una vez que ha sido tan naranjo, tuyos serán todos mis bienes.

Car. No lo permitiré, señor don Bonifacio. No consentiré que siendo usted tan bueno, tan generoso, deje de serlo con su sobrino por favorecerme á mí.

Bon. (Qué oigo! Yo voy á perder el juicio. ¡Esta sí que es la octava maravilla! Excelente corazon, dulzura, docilidad, nada de talento...) Mira; estoy resuelto á complacerte en todo; con que habla hermosa mia, habla, y hágase tu voluntad.

Car. Pues bien, déle usted la dote que destina para mí, y que se case con su amada.

Bon. Lo que quieras, hija; pero si supieras quién es: ya ves tú, ¡casarle con esa simplona de Mariana!...

Car. Es Mariana!... (Ah!) No creia yo valer menos que ella.)

Bon. ¡Hija de unos pobres labradores..., muy honrados; eso sí; pero una campesina á medio pulir que nada posée...

Car. Nada! Un corazon es nada?

Bon. Con la reja y con la hazada
su familia se mantiene.

Car. ¡Nada dice usted, y tiene,
la dicha de ser amada!

Bon. Ya, pero con eso no se come; y por otra parte...

Car. Es hija de buenos padres; don Gabriel la adora. ¡Qué mas necesita para ser digna de que usted la proteja! No tengo derecho para dictar leyes á mi bienhechor, pero yo sé las que me impone mi corazon, y jamás aceptaré los beneficios que me ofrece usted si han de labrar la desgracia de su sobrino. Nuestra boda se hará despues de la suya.

Bon. Cielos!...¡Conque aceptas...

Car. (*con decision.*) Lo repito. Solo á este precio será usted dueño de mi mano.

Bon. (*con sumo gozo.*) Oh cielos! ¿Posible es que una criatura tan linda, tan deliciosa.. No hay mas que hablar. Primero es tu voluntad que un vano orgullo. Se casarán; nos casarémos, y... Ah! Vienes muy á propósito. Póstrate á los piés de tu tia.

ESCENA XII.

Dichos, Don Gabriel.

Gab. Qué dice usted! ¿Será posible...

Bon. Sí por cierto. ¡Y si supieras lo que Carolina acaba de hacer por tí! A ella tienes que agradecer los veinte mil duros que te dóy, Oh! Sino hubiera sido por su intercesion... (*aparte á don Gabriel.*) Bien decias: no es cosa mayor su talento; pero es muchacha de carácter y tiene un excelente corazon. Esto es algo mas satisfactorio para un marido.

Gab. Ah tio! ¿Cuándo podré pagar á usted...

Bon. Repito que á mí no me debes nada. Tu boda y la mia se celebrarán á un tiempo. Dá las gracias á tu tia mientras yo doy el parabien á Mariana.

ESCENA XIII.

Don Gabriel, Carolina.

Gab. (Mariana y veinte mil duros! No creí que llegase á tal extremo su rabiosa manía de casar al prójimo. Y cómo salgo ahora de este pantano?) (*con*

despecho.) Conque es á usted á quien tengo que agradecer este favor?

CAR. A mí! No, señor. Yo he hecho mi deber y nada mas. Usted amaba á otra; usted no me amaba á mí. Qué tiene esto de particular? Yo debo suponer que Mariana tiene mas mérito que yo; y haciéndome justicia, he tenido mucha satisfaccion en abogar por usted.

GAB. (Qué oigo! Estoy soñando?) ¡Y quién le ha dicho á usted que yo deseo la mano de Mariana.

CAR. Don Bonifacio me lo ha dicho, y la alegría que no há mucho vi pintada en ese rostro me lo ha confirmado. Pero ya veo que ni aun quisiera usted tener nada que agradecerme. La misma ventura que anhelaba usted, deja de serlo desde el momento en que me la debe á mí!

GAB. Ah! No sé lo que me pasa. ¡Y usted, Carolina, usted cree que haya podido yo enamorarme de Mariana!

CAR. ¿Por qué quiere usted negar
un amor tan acendrado?
Ayer lo hubiera llorado;
hoy no lo puedo culpar.
El que es ingrato y sin fé,
el que en nuevo amor se inflama,
negarlo puede á su dama;
pero á tu tia, por qué?

GAB. Tia! Ese nombre me desespera.
Usted no tiene cara de tia.

CAR. Para mí no es nombre odioso;
pues debo considerar
que es mas fácil agradar
á un sobrino que á un esposo.
Feliz mi nuevo destino!
Pues me querrá usted por él;
sino como amante fiel,
siquiera... como sobrino!

GAB. (*entusiasmado.*) Ah, qué discrecion! ¡Qué generosidad! Óigame usted, Carolina. Dígnese usted... Eh! Ya vienen á interrumpirnos cuando daria mi vida... (Es mi tio con esos botarates.)

ESCENA XIV.

Dichos, DON BONIFACIO, DON ALBERTO, Y OTROS OFICIALES.

BON. Pasen ustedes adelante, y sean muy bien venidos. Los amigos de Gabriel no pueden menos de serlo mios; y mucho mas en un dia como este.

CAR. (Ah! ¡Si tuviera ocasion de vengarme de ese necio!...)

BON. Permítanme ustedes que los presente á la señora de la casa; á la que será muy en breve mi esposa.

ALB. (*con malicia.*) Doy á usted mi enhorabuena, señor don Bonifacio; y sobre todo á su sobrino de usted.

BON. Á mi sobrino! Por qué? ¿Sabe usted ya...

ALB. Porque tendrá una tia muy linda..., y usted una mujer á pedir de boca. (*á Carolina haciéndola una cortesía.*) Dígame usted, señorita, si no es indiscreta mi pregunta: ¿se casan ustedes por reflexion ó por simpatía? Desearia saber...

CAR. Sí? Curiosidad muy natural. (*sonriéndose y con intencion.*) Voy á satisfacer á usted, caballero, mio. Nuestros mayores pudieron contentarse con una mujer casera; con una buena madre de familias...

ALB. Efectivamente! Antes de ayer le escribí yo á Gabriel eso mismo.

CAR. Pero los jóvenes del dia necesitan mujeres de otra estofa; que tengan mucha chispa, mucho talento. Y con razon. Hay muchos que tienen harta necesidad de esa dote. Pero el señor don Bonifacio no la há menester. Su sano juicio y su sólida instruccion le permiten casarse cono una simple como yo.

BON. Bien respondido.

ALB. (*cortado.*) (Qué viene á ser esto? Parece que se va explicando la monjita) Por cierto ha sido usted muy injusta en habernos hecho desear tanto el placer de escucharla.

CAR. Yo le diré á usted. Siempre he pensado que el hablar es muchas veces peligroso, y nunca el callar.

BON. Saludable máxima!

CAR. Y que una persona que se limita á decir *sí, señor*, y *no, señor*, está menos expuesta á decir vaciedades que la que sostiene á todo trance la conversacion.

BON. Eso es hablar como un ángel.

ALB. Ciertamente, eso ya es hablar.

CAR. *Sí, señor*. Pero confiéseme usted que antes de hablar es preciso conocer la lengua del país. No se aprende así como quiera esa donosa ligereza, esa amable ironía que maneja usted con tanta gracia. Hay modelos, cuya perfeccion desalienta.

BON. (Hum!... Hum!...) (*admirado y de mal humor.*)

ALB. Señorita... Yo... Verdaderamente... (Pues me ha derrotado, como soy Alberto!)

BON. Vamos; ya no hay que replicar. Dése usted por vencido. (Hum! La tontita! Eh? Cáspita!

GAB. Yo estoy sorprendido, confuso! (*aparte á don Alberto.*)

ALB. Y yo petrificado.

ESCENA XV.

Dichos, VALENTIN.

VAL. Señor, dos coches han parado á la puerta.

BON. (*á Gabriel.*) Aun hay mas convidados?

VAL. Vengo á tomar órdenes...

BON. Pídeselas á la señora.

CAR. Cómo!...

BON. Yo lo exijo.—Yo te lo ruego. Desde ahora tú eres la que mandas.

CAR. (*con dignidad y desembarazo.*) Que entren á la sala principal. Ahora vamos á recibirlos. Que vayan preparando la galería para el baile y las mesas de juego.—Vé luego á dentro y cuida de que nos sirvan la comida cuando lo disponga el señor. (*mirando á Bonifacio, vase Valentin.*)

ALB. (*ofreciéndola la mano.*) Si me permite usted, señorita ..(*á Gabriel aparte.*) Amigo mio, es deliciosa. Confieso que su discrecion y su agudeza compiten con su hermosura.

ESCENA XVI.

DON GABRIEL, DON BONIFACIO.

(Don Bonifacio caviloso va á retirarse el último, don Gabriel le detiene.)

GAB. Tio, tengo que hablar con usted. El cariño que le profeso me obliga á romper el silencio. Le han emgañado á usted.

BON. A mí!

GAB. Sí, tio. Usted iba á casarse lleno de confianza, porque creia que su consorte era una boba: tenga usted entendido que no lo es.

BON. Sí; ya me voy convenciendo...

GAB. Yo lo estoy ya.

BON. Sin embargo, tú eres el que me ha dicho...

GAB. El bobo y el burro soy yo. ¡En buena se iba usted á meter si yo no lo prevengo...

BON. Gracias. Pero me parece que no es tan grande el peligro como tú te figuras.

GAB. Sí, tio; grande,¡terrible, inminente. ¡Qué mujer tan hechicera! Qué conjunto de gracias! Qué dignidad! Qué finura! Qué imaginacion.! No pudiera usted caer en peores manos.

BON. No importa. Yo me aventuro á todo.

GAB. Qué dice usted?

BON. A una tonta iba á querer,
y ahora por mi buena estrella
veo de repente en ella
una perfecta mujer.
¿Qué riesgo puedo correr
si es la suma perfeccion?
No; ya que tan raro don
hoy el cielo me procura,
yo sufriré mi ventura
con mucha resignacion.

GAB. Pero tio, ¿no me decia usted poco hace...

BON. Ahora conozco que discurria yo muy mal. ¿De una necia qué puede uno prometerse sino necedades? Si no peca por malicia, puede pecar por ignorancia; y al contrario, una mujer de talento puede emplearlo en complacer á su marido. En fin, sigo el voto de la mayoría. Me decido por las mujeres amables.

GAB. Pues bien, ya que usted me fuerza á decírselo, ya que no quiere tomar mi consejo, le declaro que me es imposible el dar mi consentimiento para esa boda

BON. Oigan! ¿Quién eres tú para...

GAB. Yo la amo, tio; yo la adoro; no puedo vivir sin ella.

BON. Entendámonos, sobrinito. Te caso con ella y no la quieres. Amas á otra, te la doy tambien, ¡calabazas! Voy á casarme con la que has desechado, y quieres disputármela. Es esto juego de niños? Tratas tú, de burlarte de mí?

GAB. No, tio. Pero ha llegado al colmo mi desesperacion, y si esa boda se verifica, no respondo de mí.

BON. Ba! Ba! Dejémonos de historias. Yo conozco á Carolina, y sé que me prefiere á tí. Yo he reconocido su mérito, yo he sabido apreciarlo, y de algo me ha de valer el haber tenido mejor criterio que tú.—Qué diablo! Cásate con tu Mariana, y sino te acomoda, deja que se casen los demás. En fin, Carolina va á ser mi esposa: estamos? Conque veamos como me tienes á mí un poco mas de cariño y un poco menos á tu tia. De lo contrario, te desheredo. Adios.

ESCENA XVII.

DON GABRIEL.

Dále con la tia! Si no quiero yo que sea mi tia! ¿Hay hombre mas desgraciado que yo? ¿ Por qué habré escuchado los consejos de mis amigos? ¿Por qué no me habré atrevido á arrostrar sus sátiras, puesto que á pesar suyo, y á despecho mio, siempre he amado á Carolina? Sí; yo la amaba desde el momento en que la ví; y desde que ha dado mi tio en la temeridad de casarse con ella, ya no es amor el que me inspira: es un delirio, un frenesí: ¡no puedo mas! Yo corro á echarme á sus piés.

ESCENA XVIII.

DON GABRIEL, MARIANA.

MAR. (*deteniéndole.*) Ah! Ya sabrá usted... ¡Que alegría! Don Bonifacio dice á todo *amén*. Ya lé dije á usted que así acabaria la historia; pero no creia yo que fuese tan rápido el desenlace. Cuenta una con los obstáculos de cajon, y sin mas ni mas paf! Cate usted el matrimonio hecho, y nada de obstáculos.

GAB. Tranquilízate, que obstáculos habrá.

MAR. Sí? Ya... Pero que no sean muy fuertes Mire usted...
En las historias de amor
suele haber lances muy bellos;
pero casarse sin ellos
es mas prudente y mejor.

GAB. No, hija mia. Es de rigor
para inspirar interés
que haya obstáculos...

MAR. Sí? Pues
no hay que apurarse, querido,
que si antes no han ocurrido
podrán ocurrir despues

Ah! Dígame usted: ¿qué le ha parecido mi segundo billete?

GAB. Qué es eso de billetes?

MAR. Sí; lo he puesto en el sitio acostumbrado; donde puse la respuesta al de usted.

GAB. Al mio?

MAR. Sí. «*Dése á conocer el desconocido* »

GAB. Qué oigo! Ese billete... ¿Ha sido usted...

MAR. Buena pregunta! Pues qué, no sé yo escribir?

GAB. Ah! Y yo fuí tan injusto!... Marianita, eres muy amable; te quiero mucho, mucho; pero no soy yo quien te ha escrito, ni quien ha recibido tu contestacion. Es don Alberto.

MAR. Calle! Don Alberto me ama tambien?

GAB. Sin duda.

MAR. Bien. Y usted? ¿Cómo arreglamos ahora este fregado? Entraremos en el capítulo del desafío?

GAB. No, no. Yo le cedo todos mis derechos. En vista del amor que te profesa, no puedo persistir.

MAR. Oh! Con que usted no persiste? Vaya por Dios! Pues entonces quiere decir que será él...

GAB. Sin contradiccion; pero no hay que perder tiempo.

MAR. Voy, voy corriendo á decirle... Vaya un lance!... Este sí que es lance! Uno que me ama; otro que se casa conmigo; y todo en un santi-amen! Yo no he leido cosa igual, ni doña Romualda tampoco. (*vase corriendo.*)

ESCENA XIX.

DON GABRIEL.

Qué pueda tanto una preocupacion! Ah ,Carolina! ¿Posible es que te haya ofendido tanto un hombre que te amaba? Soy indigno de tí. He perdido por mi culpa la felicidad que el cielo me reservaba.

ESCENA XX.

DON GABBIEL CAROLINA.

(*Carolina viene por el foro y atraviesa el teatro, dirigiéndose á la puerta de la derecha con un manojo de llaves en la mano.*)

GAB. (Ella es! Ni á mirarla me atrevo.) Carolina... Ah! Perdone usted. Ya veo que alguna ocupacion...

CAR. Sí; don Bonifacio se empeña...

GAB. No me atrevo á detener á usted; pero... deseaba...

CAR. (*vivamente.*) No, no es cosa urgente. Hable usted. ¿Seré yo tan dichosa que pueda complacer á usted en algo?

GAB. Carolina! He sido muy culpable para con usted. Yo no he sabido conocer, yo he ultrajado á la mujer mas digna de amor y de alabanza. Harto castigado estoy, pues la pierdo á usted, y ni aun me queda el derecho de quejarme; pero si supiera usted cuánta es mi amargura, y cuán sincero mi arrepentimiento, no me negaria la gracia que quisiera merecer de su bondad.

CAR. Una gracia! ¿Qué pretende usted...

GAB. Yo sería menos desgraciado si supiera que usted no me aborrece, que olvida mis ofensas y me perdona.

CAR. Perdonarle á usted! ¿Pues en qué me ha ofendido? Es culpa de usted el no amarme?

GAB. Ah! No sabe usted cuánto la amaba yo, y hasta qué punto me han cegado mi orgullo y mi debilidad. Pero usted no querrá darme crédito; y me es forzoso renunciar hasta á la esperanza de convencerla de mi sinceridad. Todo se acabó para mí! Se va usted á casar con otro. .

CAR. Sí. He dado mi consentimiento. No puedo disponer de mí.

ESCENA XXI.

Dichos, DON BONIFACIO; *se detiene al foro.*

BON. (Hola, hola!... Mano á mano los dos. Escuchemos.)

GAB. Hubiera podido poseer un tesoro de gracias y de virtudes, y yo mismo me he privado de él! No; mi tio no puede exigir semejante sacrificio; y si me reduce á la desesperacion, seré capaz...

CAR. No, usted no olvidará el agradecimiento que le debe. Usted recordará el afecto que le ha merecido desde la infancia.

GAB. Carolina!

CAR. Preciso será que se aleje usted de esta casa: no le queda otro arbitrio á quien tiene honor y piensa con delicadeza.—Vacila usted?... Ah! Quizá no es usted solo el que padece. ¿Cree usted que no hay en el mundo quien sea mas digno de compasion, quien mas que usted necesite armarse de valor? No debiera haberlo dicho; pero estoy segura de que usted no me obligará nunca á arrepentirme de mi ingenuidad. Al contrario, en esta misma ingenuidad verá usted un nuevo motivo para proceder con nobleza. Qué! ¿No se avergonzaria usted de tener menos firmeza que una mujer?

GAB. Basta: haré lo que el honor me manda, cada nueva virtud que descubro en usted es un nuevo tormento para mí. Adios Carolina! (*yéndose.*)

BON. (Se vá. Bien; perfectamente bien!)

GAB. (*volviendo*) ¡Carolina... ¿Tan culpable, tan desgraciado soy, que no me dice usted siquiera adios?

CAR. Huya usted de mí. Ya he tomado mi partido. He jurado cumplir mi deber: casarme con don Bonifacio, no ver á usted jamás..., y amarle toda mi vida.

GAB. Oh, cielos! (*echándose á sus piés.*)

BON. (*acercándose.*) ¿Qué, qué es eso de amarle toda tu vida?

GAB. Ah! ¡estaba usted ahí...

BON. Sí que estaba, para lo que usted guste mandar. Carolina le ha tratado á usted como merece. Muybien, hija; muy bien! Estoy contento. Solo ha habido en ese interesante coloquio una frase que yo no puedo digerir. «*Le amaré á usted toda mi vida y me casaré con don Bonifacio.*»—¡Hé aquí una distincion harto sutil por vida mia! Cáscaras!

CAR. ¿Qué, usted presume ..

BON. No. Líbreme Dios de pensar nada malo; pero voy viendo que tienes demasiado talento para mí. (zape) No será malo invertir la frase por lo que pueda tronar. A ver que te parece? «*Te casarás con mi sobrino y me amarás siempre á mí.*»

CAR. Ah, señor!...

GAB. ¡Quérido tio...

BON. Sí; me amarás siempre porque siempre seré tu amigo, tu padre. Venid, hijos mios. Vuelvo á mi primer proyecto. Abrazadme y sed felices.

ESCENA ULTIMA.

Dichos DON ALBERTO *y luego* MARIANA.

ALB. Ah!... Bravo. Eso parece un *tableau* de melodrama francés.

GAB. Amigo mio, soy el mas feliz de los hombres. Me caso con Carolina.

ALB. Te doy mil enhorabuenas, y desde ahora adopto los principios de don Bonifacio. Los hombres se deben casar. (*llega Mariana muy sofocada y corriendo.*)

MAR. (*á don Alberto*) Ah! Gracias á Dios que le encuentro á usted. Hace media hora que le voy buscando.

ALB. Guapa moza! ¿En qué puedo yo complacerte, vida mia?

MAR. Esa es buena! Pues ¿no sabe usted... ¡Pues no es usted el que... Vaya!

ALB. No te entiendo.

MAR. Pues claro está. No hay obstáculos; no hay tio inexorable. Llegó la hora de disponer nuestro matrimonio.

ALB. Matrimonio! Pídeme todo lo que quieras menos eso.

MAR. Pues! Tampoco quiere usted *persistir*. Aquí nadie *persiste*. Vamos; no llegaré yo nunca al capítulo del matrimonio.

BON. (*á Carolina*) Despídete de esos señores; y vamos á comer, que ya es hora.

CAR. (*al público*) Si tan noble concurrencia
nos mira con indulgencia,
poeta, actores y actrices
todos seremos felices;
sinó tendremos paciencia.

FIN.

ADVERTENCIA. Esta y otras traducciones, mas ó menos libres, debidas á la pluma de *D. Manuel Breton de los Herreros*, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y correjidas por el traductor, antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca Dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.—*El Editor.*

Imp. de F. Escamez, San Juan, núm. 52